

Entre las copas de los árboles

La primavera apunta. El agua del río baja abundante y rabiosa y hace temblar la tierra bajo los pies de Julia, que camina, llena de lágrimas, hacia el viejo puente de piedra. La imponente marea del deshielo hace que un cosquilleo de temor recorra su espalda. Al llegar al puente, mira hacia atrás, no ve a nadie. Avanza hasta el centro, el punto más alto, donde siente aún más el retemblar del suelo y de su cuerpo. El agua le salpica. Pasa sus dedos por el poyete de piedra enmohecido y pone su mirada en el río que se pierde a lo lejos, entre los árboles, rumbo al océano. En su mano lleva la carta, que ya está casi hecha jirones. Tiene un sello pequeño en el que se dibuja un paisaje diminuto, verde y amarillo, y el nombre de un lugar que sólo puede leerse si se mira muy de cerca.

Julia se sienta en el poyete, sigue observando el horizonte y escucha al agua que corre libre como si escapara de una cárcel, y parece que le llama. ¿La está llamando? Sube un pie al muro de piedra y luego el otro. Se pone de pie. Está temblando. Cierra los ojos y nota como sus pies mojados se levantan de puntillas. Abre los brazos. Está a punto de echar a volar, cuando una ráfaga de brisa inesperada, hace que la carta escape de entre sus dedos. Tras un breve planeo, cae al río, se sumerge en el torrente desenfrenado y en un instante, desaparece.

El río ruga con fuerza. Todo parece detenerse y escucha a lo lejos un grito: “¡Julia!”, pero no se vuelve. Está mirando fijamente al río, a punto de echar a volar. El viento hace bailar a las hojas de los chopos. De nuevo el grito, ahora más cerca: “¡Julia!”.

Desde niña siempre le gustó caminar entre las copas de los árboles. Trepaba hasta lo más alto, se apostaba en una rama y miraba al infinito, más allá del campo, del pueblo, de las montañas. Miraba más allá del punto en que desaparecía el río en el horizonte y se imaginaba que una vida allá lejos la llamaba con un silbido.

Ya tenía diecisiete años y aún seguía trepando, como un ritual, cada tarde. Se daba un paseo entre los pinos de la falda de la montaña o por los chopos de la orilla del río. Era como un pequeño pájaro que revoloteaba sin apenas tocar las ramas, sin mucho ruido. Pensaba que se iría algún día, no podía soportar aquel pueblo en el que todos la tomaban por loca, en el que le asfixiaban las caras, cada vez más viejas, de la gente que había visto desde niña. Y odiaba que posasen sus miradas de falsa compasión, sobre la cabeza gacha de su madre, por ser una mujer a quién su marido abandonó.

Sí, su padre se había ido. Ella tenía cinco años cuando ocurrió. Fue entonces cuando empezó a subir a los árboles intentando quizá verle o quizá tratando de ver si él la veía.

Cuando pensaba en él, a veces le odiaba, pero otras, la mayoría, deseaba encontrarle, quererle y que él la quisiera. No le justificaba, pero, aquel pueblo era una jaula. Una aldea en la que el oxígeno

llegaba sólo a ráfagas. Un lugar donde uno se ahogaba y donde el futuro sólo podía verse desde las copas de los árboles.

Rosa, frente a la ventana de la cocina donde trabaja, piensa en Julia. Está preocupada por su hija. Últimamente la ve más triste que nunca. Los vecinos murmuran cosas, alguno le ha hablado incluso de la posibilidad de internarla. Sólo es una niña. Sabe que pasa las horas entre los árboles y que sus ojos siempre miran a un lugar indefinido, allá donde se pierden las montañas. Pero no está loca. Se siente culpable. Ella guarda un secreto. Un secreto que nunca ha compartido con nadie, y menos con Julia. Un secreto que cada vez le aprieta más dentro y que cada noche la consume pero a la vez, le da la vida.

Emilio la abandonó. Eso dolió mucho. Siempre quiso entender, siempre quiso creer que él volvería, pero nunca lo hizo.

Cuando Julia empezó a refugiarse entre las ramas, ella era como un cuerpo en coma, sin capacidad de reacción. Dejó que ocurriera e incluso alguna vez, sintió ganas de huir con ella, pero siempre tuvo los pies encadenados al suelo, a esa tierra que sabía que no se movería. Se encerró en el trabajo y entre las cuatro paredes de su cuarto, haciendo lo justo, para que ambas sobrevivieran.

Un día, no recuerda cómo, dejándose llevar por la soledad de su tristeza, inmersa en una especie de locura, empezó a escribirse cartas imaginarias, como si fueran de Emilio.

Aquel Emilio le hablaba de viajes en barco, de vueltas al mundo, de escalas en países lejanos, de trabajos imposibles y sobre todo, de un amor que sólo existía cuando ella lo escribía.

Cada quince días viajaba a la capital y se mandaba un sobre, con un sello distinto y una cuartilla escrita a mano. Después de varios años, llegó a creer incluso que Emilio la escribía de verdad, hasta que un día, recibió una carta desde Méjico, era una notificación de un juzgado en la que le decían que Emilio Ribera, su marido, había muerto.

Ni siquiera hizo el esfuerzo de creerlo, ella siguió escribiéndose cartas de ese alguien que ya no existía, porque ella, en realidad, también había dejado de existir hacía tiempo.

Nunca le contó a Julia que su padre había muerto, pero ahora, viéndola, se daba cuenta de que quizá le tocaba ya dejar de vivir de esa manera. Quizá pudiera aún abrir la pequeña jaula de Julia y no perderla del todo.

Rosa sigue fregando los cacharros frente a la ventana. Piensa que quiere contar a Julia la verdad y que lo hará. ¿Lo hará?

Julia regresa a casa y llama a Rosa—¿Mamá?—Nadie responde. Sube, la puerta de la habitación está entornada, la empuja y asoma la cabeza, no hay nadie. Va a marcharse cuando, de reojo, ve algo debajo de la cama. Se agacha. Unas maderas del suelo están levantadas y en un hueco, encuentra una caja de madera que nunca antes ha visto. Tiene talladas unas amapolas y unas espigas y, en el frontal, dos hembrillas están unidas por un candado semiabierto. Duda. Mira alrededor para asegurarse de que está sola, con el temor de saber que aquello no es lo correcto. Quita el candado y levanta la tapa, dentro hay un montón de cartas. Cierra la tapa de golpe. No debe. La abre de nuevo y una carta cae al suelo.

La coge, tiene el nombre de su madre escrito y fecha de hace apenas un mes. Le llama la atención el pequeño sello amarillo y verde. ¿Qué es todo aquello? El corazón se le va a salir del pecho. Se sienta en el suelo con la caja y apoya la espalda contra la cama, abre la solapa del sobre con el sello verde y amarillo y dentro encuentra una cuartilla escrita a mano. “Amada Rosa”, empieza. Al final, una firma: Emilio.

Es su padre.

Leyó unas veinte cartas aún sin creérselo. Su padre existía. Escribía periódicamente a su madre. ¿Y ella? ¿Le contestaba? ¿Cómo podía haberle ocultado algo así? Sus dientes se apretaron por la rabia, las guardó todas, excepto la del sello amarillo, que metió en su abrigo. Dejó la caja tal y como la había encontrado. Salió otra vez de casa y corrió lo más lejos que pudo. Cruzó el puente, las eras y llegó hasta el bosque de los abetos. Trepó, subió hasta la rama más alta que alcanzó y lloró mucho rato.

La vida le había dado un giro completo, una voltereta. Las piezas que manejaba habían salido volando por los aires y ahora estaban desperdigadas por todas partes. Miró hacia el horizonte, que ya estaba oscuro, y sólo distinguió las pequeñas lucecitas de las aldeas y el lejano canto del río.

No dijo nada a Rosa. Dejó que pasaran los días y que las semanas se cubrieran de nieve. Aquel invierno anduvo más que nunca entre las copas de los árboles. Salía de casa en silencio y se iba a la alameda o al robledal y trepaba y caminaba de copa en copa. Se agarraba a las ramas y se dejaba abrazar por ellas. A escondidas iba leyendo poco a poco todas las cartas, sentada sobre aquellas ramas desnudas y heladas.

Todo había cambiado. Cada día deseaba con más fuerza salir de allí, cruzar el océano e ir en busca de aquel padre de tinta y papel. Siempre pensaba en su madre. Su madre. A veces la miraba y le entraban unas ganas enormes de reprocharle ese secreto. No era capaz de entenderlo, ni tampoco sabía si la podría perdonar. Pensó que abril era un buen mes para marcharse, con la primavera. Pero antes, le diría a su madre la verdad. ¿Se la diría?

Rosa siente el ir y venir de sus nervios por el estómago. Ha preparado la cena, aunque no cree que pueda probar bocado. Nota que Julia está cada vez más distante. En los últimos meses apenas ha parado en casa. Cada día piensa en contarle su secreto, pero no ha tenido fuerzas. Hoy ha ido a la iglesia y le ha pedido a Dios poder hacerlo.

Sube a la habitación y saca su caja de madera de debajo de la cama. La deja sobre la colcha y se sienta en el pequeño buró. Coge una cuartilla del cajón y empieza a escribir: “Querida Rosa”. Será una despedida.

Julia regresa a casa y ve que su madre ha preparado la cena pero, la verdad, no cree que pueda probar bocado. Escucha ruido en la habitación y sube la escalera. Allí encuentra a Rosa. La caja de las cartas está sobre la colcha y su madre, en el buró, escribe en una pequeña cuartilla. Ni siquiera se ha dado cuenta de que ella ha llegado.

Lleva su carta en la mano, ha decidido contarle la verdad, pero se detiene y la observa. Rosa escribe, guarda el papel en un sobre y pega un pequeño sello. Julia se queda paralizada, no quiere siquiera intuir lo que está viendo, pero no puede evitarlo. Se da la vuelta y se apoya contra la pared. Su vida vuelve a hacer una voltereta. Algo está a punto de estallar dentro de ella. Respira rápido. Se mete la mano en el bolsillo y saca la carta, idéntica a la que ha escrito su madre, aunque la suya, ya casi hecha jirones. Le vienen a la cabeza Emilio, su padre, luego su madre y un gemido le sale desde dentro.

—¿Julia? ¿Eres tú?

Escucha como su madre se levanta de la silla y camina hacia la puerta. Cuando sale de la habitación, los ojos de ambas se encuentran. Rosa ve la carta entre las manos de Julia y su cara se llena de sorpresa y angustia.

—Julia yo...

No hay tiempo para más palabras. Julia echa a correr escaleras abajo. Rosa intenta agarrarla pero parece que Julia tiene alas. Corre y ella corre detrás. No cree que pueda alcanzarla.

Julia corre atravesando el campo, el camino, la alameda y sus ojos son sólo lágrimas. Se pierde rumbo al río. Aprieta en su puño la carta, como queriendo exprimir la tinta, a ese padre de tinta y papel, que ya sabe que ni siquiera está entre sus manos.

Ya empieza a oír el rugido del río, que baja inmenso en los primeros coletazos de la primavera. Se detiene un instante. Mira hacia atrás. Sabe que su madre, si la sigue, estará aún lejos. Camina de nuevo, jadeando, por la carrera. Ya puede ver el antiguo puente de piedra. Se va acercando a él, por la orilla. El río es un torrente que asusta y ella está asustada, tiembla. Nota la tierra vibrando bajo sus pies por la fuerza del agua. Llega hasta el puente y desliza sus dedos por la piedra húmeda, enmohecida.

Desde el centro del puente, el punto más alto, mira al horizonte. Piensa en ese viaje que iba a emprender. Piensa en su madre. Sube sus pies al poyete del puente, el agua le salpica. Una ligera ráfaga de viento le coge por sorpresa y la carta, que aún llevaba en la mano, se escapa volando y cae al río. No sabe ya que sentir. Se queda paralizada.

—¡Julia! —Escucha.

—¡Julia!

Está a punto de echar a volar, pero Rosa llega a su lado, como a cámara lenta, intentando disimular el terror que le invade.

—Julia. Por favor —dice temblorosa, tendiéndole su mano.

—Mamá, —responde Julia sin mirarla—quiero irme lejos.

—Lo sé. Y te entiendo. Pero Julia, por favor, baja.

Julia escucha el viento que mueve las hojas de los chopos.

—¿Dónde está mi padre?

—Ha muerto. Murió hace un año.

Julia permanece inmóvil sobre el poyete.

—Julia. Si te quieres ir, no te lo impediré, pero no te vayas sin perdonarme, hija.

El río ruge y Julia desea echar a volar.

—¿Cómo podré hacer eso mamá, cómo podremos?

Rosa se aproxima un poco más a Julia, sin atreverse todavía a rozarla.

—He pensado que quizá, tú y yo juntas, podríamos subir y hablar, entre las copas de los árboles.

De nuevo todo se detiene un instante. Sopla la brisa.

—Mamá, ¿has estado alguna vez en el viejo roble, el de la era?

—Aún no, pero querría. ¿Por qué no me acompañas?

El río ruge, parece que llama a Julia. ¿La está llamando?

Julia, despacio, estira sus dedos y agarra la mano de Rosa, baja un pie y luego el otro. Las dos se miran y sus ojos desean decir cosas.

—Vamos mamá. Está anocheciendo. Si nos damos prisa, desde arriba, aún podremos ver la línea del horizonte y como se pierde el río, rumbo al océano.

Y el río ruge. Y sopla la brisa.

CRISTINA ANDARIAS LORENTE